

**COMENTARIOS a “Echar a andar la maquinaria electoral en escenarios adversos. Prácticas proselitistas, recursos y derroteros del Radicalismo yrigoyenista en Jujuy (1929-1949)”**

**Luciano de Privitellio (CONICET/UBA/CEHP-UNSAM)**

La ponencia de Adriana Kindgard vuelve sobre alguna de las cuestiones que la autora viene iluminando en textos anteriores, referidas al problema de la organización del primer peronismo en la provincia de Jujuy. En este trabajo, confirma varias de las hipótesis que ya había propuesto en un artículo publicado en el tomo compilado por Cesar Teach y Darío Macor dedicado a la invención del peronismo en el interior del país.

En primer lugar, la centralidad de la producción azucarera en la política provincial, característica compartida con la vecina Salta y con Tucumán, donde los ingenios son un factor clave en el financiamiento del estado y de los partidos políticos. Pero hasta aquí llega el paralelo porque, si en el caso de Salta los beneficios de los ingenios parecen distribuirse entre los dos partidos más populares (radicales y conservadores), en el caso de Jujuy el ingenio Ledesma actúa sólo a favor del partido conservador y a lo sumo de sus ocasionales aliados del radicalismo antipersonalista. La figura de jujeño Arrieta, sobre la cual pivotea esta estrecha relación, contrasta con la de los salteños Cornejo, radical primero y peronista después, y la de Patrón Costa, conservador. De esta diferencia, parecen desprenderse las particularidades de la política jujeña durante los años veinte y treinta, como así también los primeros pasos del peronismo.

El surgimiento y la perduración en el tiempo de la popularidad de Tanco, se explicaría entonces no sólo por su condición de radical yrigoyenista en unos años en los que esa identidad asegura buenas elecciones, sino por su fuerte compromiso como crítico del ingenio Ledesma y de los conservadores. La persistencia de Tanco en esta actitud, le permite a Kindgard explicar no sólo el éxito de esta figura, sino la homogeneidad del primer peronismo que no tendría los problemas de su par salteño. En efecto: mientras que Cornejo enfrenta una fuerte oposición de los laboristas por ser propietario de un ingenio, la acusación contra Tanco por haberse “vendido” al ingenio Ledesma en boca de los laboristas es reputada como poco eficaz por la autora en tanto resultaba notoriamente inverosímil. La distancia entre la denuncia y la experiencia de muchos jujeños aseguró la intrascendencia de la intentona laborista. Lo único que uniría a ambos casos provinciales es, en todo caso, la decisión pragmática de Perón de apoyar a aquellos capaces de asegurarles no sólo popularidad, sino una cierta dosis de experiencia política a la hora de ganar elecciones, experiencia de la que carecen los laboristas.

Es, entonces, la popularidad e Tanco junto con la relación directa entre el ingenio Ledesma y los conservadores lo que daría a la política jujeña un cierto aire de continuidad, al menos hasta fines de los años cuarenta, cuando los liderazgos y las autonomías políticas provinciales comenzaron a ser aplastados por la organización del estado y del partido con vértice en la figura de Perón. De estos dos factores, el segundo resulta ser por demás convincente. Incluso problemas habituales de la política electoral, como el que plantea este foro alrededor del financiamiento de campañas y partidos, queda por demás solucionado mediante la explicación que ofrece el texto: el ingenio paga las campañas conservadoras. En cambio, el análisis del liderazgo tanguista, al que la autora refiere por momentos como “conducción natural” presenta algunas dudas y zonas grises que, tal vez, deban ser atendidas para ayudar a desnaturalizar algunas de las razones de esa popularidad.

Mientras que todas las alusiones a los conservadores incluyen el término “máquina”, lo cual en historia política recoge muchos significados, algunos explicativos y otros de corte valorativos, en cambio la popularidad de Tanco encuentra primero una explicación ideológica y luego en el “contacto directo con las bases, a través de una paciente y sostenida acción que se intensificó en los prolegómenos de los comicios

presidenciales de abril de 1928 y sostuvo su ritmo a lo largo del año y medio siguiente”. Sin embargo, conocemos poco acerca de las características de este “acercamiento” salvo algunos procedimientos como los banquetes (sobre los cuales también sería bueno conocer su mecánica). Tampoco queda claro en qué consisten las “bases” un término del lenguaje político que carece de una referencia empírica específica.

La oposición de una “máquina” electoral conservadora en contraste con la “popularidad” de Tanco, deja de lado el interrogante acerca de las formas de producción de sufragio que es, en definitiva, la prueba de esa popularidad. Por ejemplo: el hecho de que el primer cargo de Tanco haya sido jefe de la policía, debería ser considerado como un dato electoral importante, toda vez que, sabemos, en casi todos los casos esta institución resultaba ser una de las piezas fundamentales de cualquier máquina electoral. Tal vez en este caso no haya sido así, sin embargo la cuestión ameritaría alguna reflexión. Algo similar sucede con la elección de 1929: si bien es cierto que para entonces Tanco era oposición en la provincia, también lo es que gozaba del pleno apoyo del gobierno nacional, un respaldo que en otros casos provinciales solía transformarse en el apoyo abierto de recursos económicos y humanos a través de algunas agencias estatales claves como, por ejemplo, el Correo.

La costumbre de Tanco durante los años treinta, que consistía en proclamar las abstenciones a pocas horas de las elecciones, señalaría, como sostiene Kindgard, que en este sentido comparte la preocupación de muchos radicales por la emigración y dispersión del partido. Esto es así porque, como cualquier máquina electoral, su supervivencia depende de la participación electoral. Este dato nos acerca más a un problema de supervivencia de máquinas políticas que a una expresión de afinidades ideológicas demasiado sentidas.

El problema, a mí entender, lo constituye una visión dicotómica de la práctica electoral: o se está frente a manifestaciones transparentes de la “voluntad popular” o frente al fraude de las máquinas. Esta visión, casi de tipo jurídico, deja fuera de las explicaciones a formas más grises de producción de sufragio, que difícilmente se adaptan a las polarizantes valencias explicativas propias de los tribunales. Ciertamente, los conservadores en los años treinta usaron recursos de todo tipo para ganar, muchos de ellos

ilegales como el voto cantado, pero sabemos por otros casos provinciales (como San Juan, Mendoza, Catamarca por dar algunos ejemplos) que los radicales también lo hacían. Liderazgos tan sólidos como los del llamado “populismo cuyano”, no descartaban formas muy variadas de producción de sufragio que estaban lejos de responder a los cánones del ciudadano individual votante que imagina la ley. Una buena descripción de las formas de votar, comenzando por explorar si no es aquí importante el tan común voto en grupo, tal vez podría aportar datos interesantes al respecto.

También debería reflexionarse más sobre el problema de las formas del voto a la luz de otro dato que, a mi entender, resulta sumamente ilustrativo. La ponencia ofrece algunas cifras electorales, pero siempre se trata de proporciones de resultados. Estas proporciones, a veces superiores al 70% ayudan a confirmar la popularidad indiscutible de Tanco. Sin embargo, las proporciones ocultan un dato crucial: el tamaño ínfimo del electorado jujeño que apenas se ubica por sobre los 15 mil electores en la elección presidencial de 1937 y algo más de veinte mil en 1946. Si además tomamos en cuenta que estos electores se distribuyen desigualmente en una geografía amplia y socialmente muy diversa (en su artículo del tomo citado de Tcach y Macor, Kindgard despliega un interesante cuadro sobre los resultados electorales de 1946 por departamento: con excepción de capital y Ledesma en el resto votan mil o menos de mil personas, en la mayor parte de los casos bastante menos), resulta claro que en muchas situaciones las relaciones de conocimiento y cara a cara debían predominar sobre los electorados anónimos y de opinión. Las cosas podrían no ser así, pero creo que la persistente popularidad de Tanco ameritaría un análisis sobre las formas de producir el sufragio que excedan, aunque por cierto no olvide, cuestiones tales como las ideas o el proselitismo publicitario más tradicional.

Finalmente, si bien la tesis de la continuidad del tanquismo resulta por demás convincente, se extraña en cambio un análisis de algunas coyunturas en las que las cosas podrían no resultar tan claras como se desprende del persistente clivaje conservadores/tanquismo. Por ejemplo, el análisis del golpe de 1943. En el texto, aparece muy rápido el contenido social del golpe, junto con su intención de romper con la era del fraude, de donde se desprende una casi natural opción favorable de Tanco. Sin embargo, sabemos que la proclama del fin del fraude sobrevivió poco tiempo a las intenciones de una

“revolución nacional” que deploraba más un sistema que su violación y que, por su parte, la política social no llegó de inmediato y, más bien, la actitud inicial del régimen fue notoriamente represiva. ¿Cómo se ubicaron Tanco y el tanquismo en esta corta pero intensa coyuntura? Los análisis de otros casos provinciales no ayudan a sostener la idea según la cual los alineamientos de 1945 se pueden trasladar a 1943 y 1944. Tal vez en Jujuy así hayan sido las cosas, pero en ese caso se trataría de un dato más acerca de la notable particularidad del caso. El bochornoso final del Malón de la Paz demuestra que no necesariamente los alineamientos sobre la base de puras ideas fundamentales funcionan para explicar todas las coyunturas.